Meditaciones para el ADVIENTO

Te ayudamos a prepararte para el nacimiento de Jesús

arguments

ÍNDICE

I Semana de Adviento

Domingo 3
Lunes 4
Martes..... 5
Miércoles 6
Jueves 7
Viernes..... 8
Sábado..... 9

II Semana de Adviento

Domingo 10
Lunes 11
Martes..... 12
Miércoles 13
Jueves..... 14
Viernes..... 15
Sábado..... 16

III Semana de Adviento

Domingo 17
Lunes 18
Martes..... 19
Miércoles 20
Jueves..... 21
Viernes..... 22
Sábado..... 23

IV Semana de Adviento

Domingo 24
Lunes 25
Martes..... 26
Miércoles 27
Jueves..... 28
Viernes..... 29
Sábado..... 30

I Domingo de Adviento

Llega la orden de empadronamiento

José ve desde la ventana de su taller a un grupo de soldados romanos que ha entrado en la aldea. Están clavando tablillas en las puertas principales. Se oyen los gritos en latín del centurión, exhortando a la tropa para que se dé prisa en su cometido.

Alguna anciana, curiosa, observa la acción de los soldados desde la azotea.

Pasados unos minutos, marchan los soldados dejando tras de sí una humareda del polvo del camino. José sale de su taller y, a duras penas, con su escaso latín, observa que en las tablillas hay una orden de César Augusto, que les afecta directamente a él y a su esposa.

Inscripción a Augusto César, Castro de Noega, Asturias.

Lunes I Semana de Adviento

¿Qué vamos a hacer?

Los principales de la aldea de Nazaret se reúnen: "¿Qué vamos a hacer?". Es un inequívoco decreto del César, que obliga a un empadronamiento, a un censo, expresamente prohibido por la Ley de Moisés.

Están preocupados, porque el incumplimiento supone multas. Incluso cabe una ejecución a muerte a los más díscolos. Con gran pena de su corazón, y pidiendo perdón por la blasfemia hecha a Dios, consideran que el pueblo no tendrá más remedio que cumplir la implacable ley del invasor.

"Estatua del Emperador Augusto", Zaragoza.

Martes I Semana de Adviento

José se preocupa por María y el Niño

José consulta a un amigo gentil de Séforis. Este explica a José el contenido del decreto en arameo. Deberá acudir con su esposa a Belén, por ser de la tribu de David. Ha de hacerlo antes de que expire el plazo de cinco semanas, que ordena el edicto.

José se queda preocupado, pues su mujer, María, se encuentra encinta. El viaje va a ser peligroso para ella y para el Niño que espera.

"Rey David" Siglo XVI, Michelangelo Buonarroti. Galleria Uffizi, Florencia.

Miércoles I Semana de Adviento

Se deshacen los planes

José habla con María, a solas, en la plaza del pueblo. Ambos se agarran las manos. A María le corre una lágrima por su bello rostro. Ella tenía todo preparado. Su madre, Ana, había perfumado todos los lienzos para vestir al niño tras su nacimiento.

José ya había hecho una cuna de madera de olivo. Sólo quedaban pequeños retoques.

José hace esfuerzos por no llorar, aunque luego lo hará a solas en su oración...

"Taller de José" , Bartolomé Esteban Murillo. Museum of Fines Arts. Budapest, Hungría.

Jueves I Semana de Adviento

Las gentes se disponen para viajar

No es un caso aislado el de María y José.

Joaquín ha de ir a Hebrón. Cleofás tendrá que encaminarse con su mujer y sus hijos a Sicar. Han de buscar dinero de la nada para acometer el viaje.

La autoridades romanas se dejan oír nuevamente a través de mensajeros, para que todo israelita cumpla el decreto obligatorio. Los habitantes de Nazaret se sienten humillados. Y algún zelote ha apretado sus puños y sus dientes, no sin odio.

Fresco de pareja de romanos en Pompeya. Museo Arqueológico, Nápoles.

Viernes I Semana de Adviento

María prepara el viaje

María mira con su madre Ana lo que podrán llevarse en las pequeñas alforjas que colocarán al pollino. Habrán de llevar víveres para el viaje, ropa para el frío, mantas para las noches.

¿Y la ropa del niño? ¡Qué difícil elección entre todos aquellos vestiditos que han confeccionado parientes y amigas! Los pañales sí ha de llevarlos. Y una manta para abrigar al niño. María se contrae levemente por el dolor, pero sonriente acepta sin reservas la voluntad de Dios.

"Santa Ana", Bartolomé Esteban Murillo. Museo Murillo, Sevilla.

Sábado I Semana de Adviento

José termina los últimos encargos

José hace a toda prisa un encargo de una puerta para un mercader. De pronto, a causa de un nudo en la madera, el cepillo de alisar se cae. Y entonces José, al recoger la herramienta, ve en el suelo la cunita hecha con palo de olivo. La acaricia. Aún está sin acabar, y ya no lo hará.

Lo que sí sabe es que su esposa está contenta y esto le reconforta. Ha tenido la suerte de cobrar a un antiguo moroso. Tendrán dinero para afrontar el viaje. Dios está sin duda con ellos.

"El camarada perdido", Siglo XIX, Gustave Henry Mosler.

II Domingo de Adviento

El pollino

Aunque José no posee un pollino, su pariente Jonás siempre le deja el suyo cuando hace falta acarrear la herramienta hasta algún lugar no tan cercano.

Jonás también necesita el pollino para su labores en el campo. Él no se trasladará más que hasta la cercana Caná, en cumplimiento de la ley romana. Pero entiende que debe hacer el favor de prestar el asno a José. ¿Cómo, si no, llevará José a María, embarazada ya de tanto tiempo?

Le cuesta ese desprendimiento, pero puede más su generosidad.

Pintura de libro Miniado Medieval. Museo Meermanno. La Haya, Holanda.

Lunes II Semana de Adviento

Algunos rebeldes

Un zelote, llamado Simón, arrancó delante de un soldado romano la tablilla del decreto, que colgaba en la puerta de la Sinagoga. El Levítico prohíbe los censos para el pueblo, sobre el que solo manda Dios, el único Señor.

Simón gritó en latín: "Ite! Ite!", que bien podría traducirse, por "¡Largaos de una vez!". Enseguida aparecen otros soldaos, salidos como de la nada, y abofetean a Simón. Lo atan y se lo llevan magullado no se sabe dónde. Quizá a las galeras que parten de Sidón.

El miedo invade al pueblo.

Dibujo basado en un relieve de la Columna de Trajano (1673), y realizado por Pietro Bartoli. Roma.

Martes II Semana de Adviento

El regalo de Dios

María nada podía ofrecer a José para intentar consolarlo. Y él tampoco podía dar nada a María. Pero ambos esperaban el regalo de Dios. Eso sí iba a ser un don del cielo.

Aquel hijo que sería el Salvador y que como profetizó Isaías sería llamado Maravilloso, Consejero, Poderoso, Príncipe de la Paz.

Sí. Nada deseaban más aquellos jóvenes esposos que recibir al que sería el Mesías.

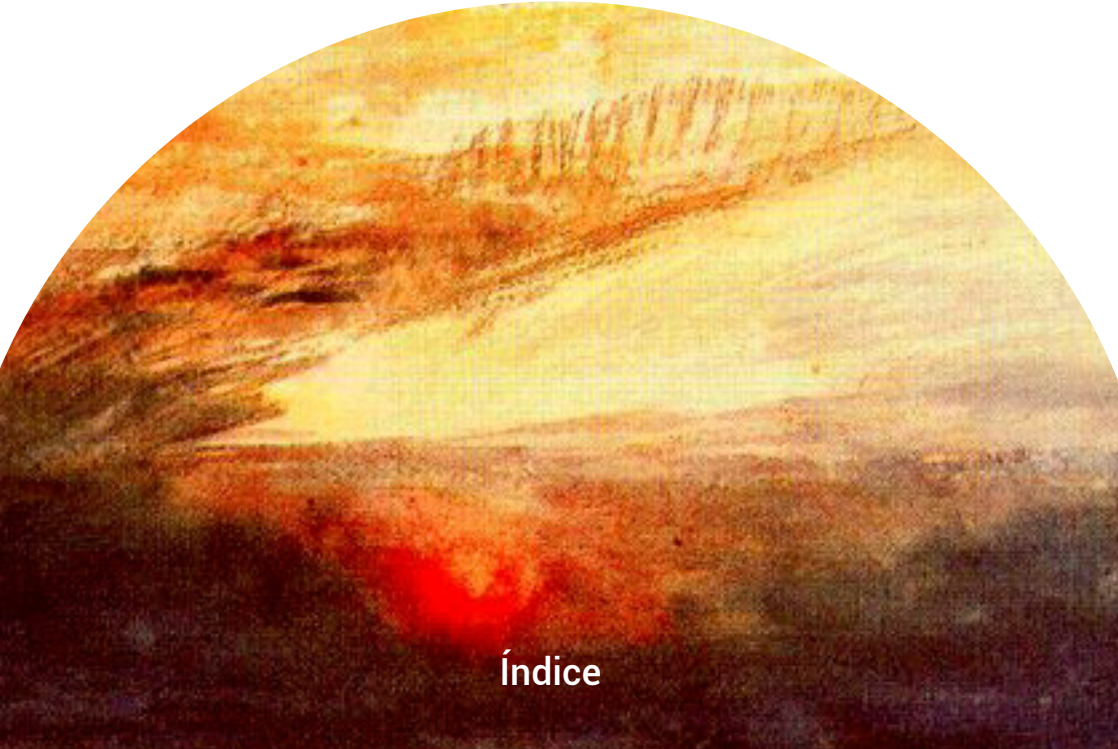
Pantocrátor, Siglo XVII. Icono ruso anónimo.

Miércoles II Semana de Adviento

La lluvia

La Liturgia reza algo poético estos días: que el cielo se abra y de sus altas nubes llueva el Justo.

En la alta Galilea, apenas llovía. Pero no sería extraño en estos días de diciembre encontrarse con un chaparrón en mitad del campo. María se dejaba mojar por aquella lluvia, que no podría purificar a la más pura. Pero que le recordaba al Salvador que con santa impaciencia llevaba encima.



"Crepúsculo con nubes oscuras" Siglo XIX, William Turner. Tate Britain, Londres.

Jueves II Semana de Adviento

La llena de Gracia

La joven de Nazaret es humilde y hasta se ruboriza cuando fue llamada por el Ángel "llena de gracia". Solo podía estar plena de esa gracia, quien hubiera sido concebida sin falta original.

Pero María no hace disquisiciones teológicas. Solo medita lo revelado por el Ángel: Ella va a ser Madre del Mesías.

Ella sabe que Dios se ha fijado en la bajeza de su esclava y permanece en oración con la criatura que se mueve en su seno y cuyos latidos puede oír. Sólo le salen palabras de acción de gracias.

"Inmaculada", Bartolomé Esteban Murillo. Museo del Prado, Madrid.

Viernes II Semana de Adviento

El claroscuro de la fe

El esposo de María ya comienza a hacer los preparativos. Ha comprado queso, higos secos y un odre nuevo que llenará de agua para el camino. Sin embargo, la situación le desconcierta completamente: no entiende.

Es el claroscuro de la fe. Porque el no comprender no significa no aceptar. Significa certeza sin ver con los sentidos. Y él acepta plenamente y también grita en su interior: "Hágase tu voluntad aunque no responda mi pobre intelecto".

Detalle de "El Sueño de San José", Francisco de Goya (1772). Oratorio del Palacio de los Condes de Sobradiel, Zaragoza, España.

Sábado II Semana de Adviento

La promesa de Isaías

"Todo valle será exaltado y toda colina será allanada". Isaías alza la voz y lo dice a los cuatro vientos: es la consecuencia de la llegada del Salvador.

Bien conocían los israelitas lo que significaría ese prodigio, pisando aquellas tierras palestinas tan abruptas. Pero es la promesa de que todo sufrimiento alto como una colina, o todo valle hondo como la tristeza, iban a desaparecer, con la venida del Redentor, que reconciliaría todas las cosas con Dios. Los jóvenes esposos rezaban a la vez al caer la tarde, dando gracias a su Dios, por todos los bienes recibidos. Si María podía sentirse molesta pos su gravidez, nadie notaba su dolor tras una sonrisa bellísima.

"Paisaje catalán", Siglo XIX, Ramón Martí Alsina. Museo del Prado, Madrid, España.

III Domingo de Adviento
El Precursor

Llegan noticias de Judea. Isabel, prima de María, hace llegar su alegría por el pequeño Juan, su hijo, que parece dar los primeros gateos. Sabremos que luego aquel Juan será el precursor. El nuevo Elías que llamaría a la conversión.

María y José siempre se alegran con las noticias de sus parientes ancianos de Judea. Alguna luz brilla entre la oscuridad de su inminente partida.

Juan será la voz que clamará en el desierto... ¡Qué familiares nos resultan estas palabras!, cuando nosotros hacemos oídos sordos tantas veces a las suaves llamadas a la conversión.

"San Juanito", Barolomé Esteban Murillo. Museo del Prado, Madrid, España.

Lunes III Semana de Adviento

La Rosa de María

Este año, el tercer lunes de Adviento coincide con la fiesta de nuestra Señora de Guadalupe. Aquel pobre indito Juan Diego (pobre como nosotros, en nuestro escaso espíritu) habla gentilmente en su idioma indígena con la Reina del Cielo.

Y ella corresponde a esa sencillez, a esa humildad, ofreciendo nada menos que una rosa al criadito Juan Diego en el mes de diciembre.

María lleva en su seno una bellísima y perfumada rosa, que luego nos la dará a cada uno en la intimidad de nuestro corazón.

Siglo XVI. Pigmentos desconocidos sobre tejido vegetal. Villa de Guadalupe, Mexico.

Martes III Semana de Adviento

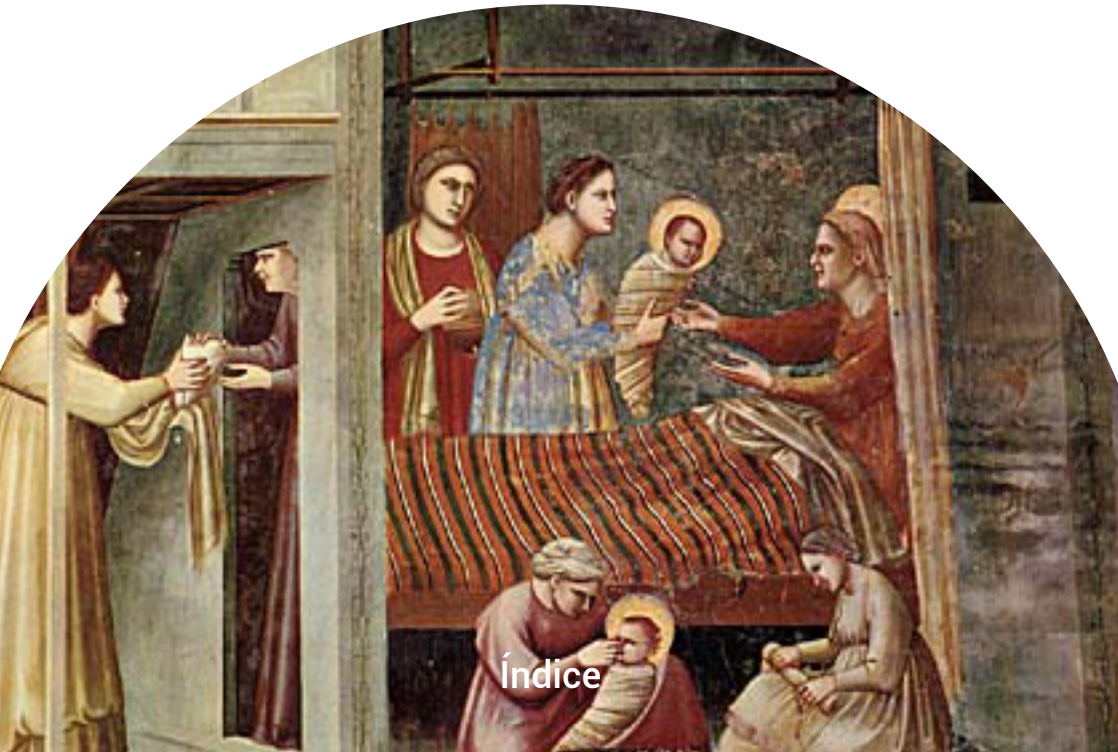
La anciana partera de Nazaret

La anciana partera de Nazaret, Judith, ha ido a ver a María. Alma buena y generosa, quiere especialmente a esta hermosísima adolescente.

El parto tendrá lugar en menos de tres semanas. Judith está preocupada porque sabe que María irá con su esposo a Belén por lo del censo. No lo cree conveniente dado el estado de la embarazada. Por eso le sorprende esa sonrisa, graciosa y aparentemente incauta, de la joven. Pero lo que más admira es esa confianza en Dios, absolutamente inquebrantable.

Judith vuelve a su casa con un nudo en la garganta.

Siglo XIV. Giotto, Capilla de los Scrovegni. Padua, Italia.



Miércoles III Semana de Adviento

La oración de María

Ella no es ingenua ni tampoco inconsciente. María también sufre: unas veces la oscuridad y otras la limpidez de su fe. ¿Que será del Niño? Con torpes pasos, se acerca a la ventana. Parece que va a llover otra vez. Pero lo que ella mira es el cielo y ora...

En su tierna oración, que por supuesto también es hacia adentro, hacia sus entrañas, pide fuerzas a su Señor. Porque, aunque sea ejemplo de valentía, ha de luchar constantemente, y sonreír.

María guarda todas estas cosas, ponderándolas en su corazón.

Detalle, Giovanni Battista Salvi da Sassoferrato. 1640. National Gallery, Londres, Inglaterra.

Jueves III Semana de Adviento

Las joyas más preciadas

En las callejuelas de la aldea hay movimiento. Hay habitantes que ya han partido. Y otros que se apresuran a hacerlo.

María ha comprado naranjas en el mercado de la plaza. Habrá que paliar la sed del camino allá donde no haya fuentes. Junto con José, van preparando la cosas que llevarán consigo.

Al hijo de Jacob, a nuestro artesano, a veces sí se le frunce el ceño. Se siente responsable. En su intimidad sabe que el Ángel del Señor le ha hablado en sueños. Y sufre la carga y sobre todo el gozo del privilegio que supone acompañar a las joyas más preciadas del universo.

Frutas de Pompeya, Siglo I. Museo Arqueológico de Nápoles, Italia.

Viernes III Semana de Adviento

Partida inminente

Mañana es el día elegido para partir. Belén dista cuatro o cinco jornadas a pie desde Galilea. Pero ambos han considerado ir más despacio por el bien del no nacido. Habrá que evitar precipitaciones y descansar cuando sea posible.

El estado de María aconseja tranquilidad. Ana llora mientras dobla alguna ropa pensando en su niña y en el nieto. Procura que no la vean. Pero en sollozos ahogados puede vérsele escondida en alguna esquina, tapando su rostro con el velo.

Detalle de "Huida a Egipto", El Greco, 1570. Museo del Prado, Madrid, España.

Sábado III Semana de Adviento

Inicia la travesía

Salido ya el sol, que ahora aparece tarde en el este, todo está dispuesto para que la joven pareja comience el viaje hacia Judea. Hoy, gracias a Dios, hace un buen día, y corre una suave brisa templada, que viene desde el mar de Genesaret.

María, sentada en el pollino, sufre sin rechistar los movimientos bamboleantes del animal, que va bajando hacia el valle del Jordán.

José agarra sólidamente el arnés de cuerda de estopa del borrico, y procura ir frenando al asno, en la empinada cuesta abajo del camino. María sigue sonriendo, y no se quejará en todo el viaje de lo incómodo de su situación.

Detalle de "La Huida Egipto", Giotto, Siglo XVI. Capilla Scrovegni, Padua, Italia.

IV Domingo de Adviento

Las virtudes de María

¡Con cuánto Amor espera María al Mesías, que porta en su cuerpo! Ella es la Señora de la Buena Esperanza. Ella sí espera, con una ilusión y una piedad difíciles de describir.

Se palpa suavemente su vientre y su corazón vuela como un águila real, tan cerca de Dios. Pero no se olvida de no preocupar a José, bebiendo en las fuentes, descansando, conversando con ternura y regalando dulcísimas sonrisas.

A José le consuela tanto ver la increíble fortaleza de esa mujer, que se avergüenza en su humildad de que Dios le haya elegido a él.

Detalle Riachuelo, John Singer Sargent, 1907. Museo Metropolitano de Nueva York, Estados Unidos.

Lunes IV Semana de Adviento

Compasión por todos

Ya continúa su viaje la pareja rodeando el lado oeste de lago de Galilea, siempre hacia el sur. José intenta evitar a María los caminos que atraviesen ciudades paganas. No quiere que se oiga el nombre de los ídolos, o tal vez ver conductas ordinarias y molestas.

Las gentes son ajenas al prodigio escondido de aquella pareja. Pero tanto ellos como el Niño en el vientre no son indiferentes al sufrimiento y al pesar ajeno. Y de su exigua faltriquera, José ha sacado alguna moneda de cobre para los mendigos que merodean los caminos.

"Las Hespérides", Siglo I. Mosaico Romano, Italia.

Martes IV Semana de Adviento

Compasión por todos

Las rutas están atestadas de viajeros. María es esa casa de oro, ese sagrario en movimiento, cuyo habitante padece los ultrajes de todo aquel que blasfema por el sendero. Nuestros viajeros se han detenido a descansar a orillas del Jordán, a la tibia sombra de una higuera. José da de beber al asno y corta pan y queso para María. Ambos conversan.

Es la "sagrada conversación" tan mentada por la liturgia. Porque ¿Quién hay en cielos y tierra que rodee a tesoro tan inmenso y a la vez tan vulnerable y débil?

"Detalle", Gerard David, 1450. National Gallery, Washington, Estados Unidos.

Miércoles IV Semana de Adviento

Raíz de Jesé

José sabe que es hijo de Jacob y es descendiente del monarca David, hijo de Jesé de Belén. Ésta es y no otra la razón humana del viaje. Allí en Belén arranca la estirpe real de José.

¿A dónde fueron las riquezas, los oropeles, y los ejércitos de David? José sabe que el hijo de María será Rey de Paz. Y que su reino no será de este mundo. No tendrá más ejercito que la muchedumbre formada por las personas de buena voluntad.

Detalle Vitral de "El Árbol de Jesé", Siglo XII. Catedral de Chartres, Francia.

Jueves IV Semana de Adviento

Jericó a la vista

Jericó está a la vista de nuestros caminantes. Es una ciudad rica, inmensa, antigua. Un oasis entre el Mar Muerto, y el escarpado desierto de Judá. Se ven palmeras, flores de naranjo y huele a perfume de jazmín.

Hay ricos mercaderes llevados en literas por sus esclavos. Cientos de personas más humildes -cumpliendo con el mandato del César- se acercan a la ciudad, cuyos muros hace siglos cayeron con las trompetas de Josué.

María considera que el Mesías que lleva en su seno derribara otros muros, que nos impiden el diálogo con Dios.

Detalle de "La entrada de Cristo en Jerusalén", Gaspare Diziani.

Viernes IV Semana de Adviento

Jerusalén

Junto con una inmensa caravana, María y José ascienden hacia Jerusalén. El aire es denso, sin apenas humedad. Atraviesan el desierto por la escabrosa calzada, subiendo hacia la Ciudad Santa.

Cuando llegan arriba al anochecer, ven desde el monte de los olivos el resplandor del Templo, iluminado por llameantes pebeteros.

"Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas -dirá años más tarde el Mesías-, ¿cuántas veces quise congregarte como la gallina a sus polluelos?".

Allí culminará nuestra salvación. Aunque con dolores más terribles que los de parto.

"Entrada de Cristo en Jerusalén", Siglo XII. Mosaico de la Capilla Palatina de Palermo, Italia.

Sábado IV Semana de Adviento

María prepara los pañales

Belén, por fin. Pero no hay lugar en las posada. José llama de puerta en puerta. El hijo de Jacob llora en su interior.

A María le ha llegado la hora del parto. Algún alma caritativa señala a la joven pareja un sucio cobertizo excavado en la roca, donde, sin duda, han campado bestias domésticas.

José prende algo de fuego. Prepara el pesebre con paja limpia para recibir al Niño. Unas campanas celestiales resuenan en los oídos de José. Nunca hubo momento de mayor oración, de mayor contemplación.

Escasos instantes nos separan del prodigio y María prepara los pañales.

Detalle "Navidad", Giotto. Ciclo Escenas de la Vida de la Virgen. Capilla Scrovegni, Padua, Italia.

¡Feliz Navidad!

© 2017 Asociación Arguments

www.arguments.es